

5º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO – CICLO A

Is 68,7-10; 1 Cor 2,1-5; Mt 5,13-16

“Ustedes son la sal de la tierra, ustedes son la luz del mundo.”

INTRODUCCIÓN

Me gustaría comenzar nuestra celebración hoy con una imagen sencilla de la vida cotidiana.

Imaginen que entran a su cocina tarde en la noche, con hambre y cansancio. Preparan un sencillo plato de sopa. La prueban... insípida. Sin vida. Luego agregan apenas una pizca de sal —solo una pizca— y de repente toda la sopa cobra sabor. Un solo ingrediente transforma todo el plato.

Ahora, piensen en una calle oscura en una noche nublada. Sin luna, sin estrellas. Ni siquiera pueden ver el camino. Entonces, alguien, en algún lugar lejano, enciende una pequeña lámpara. No un farol grande, ni una antorcha —solo una lámpara diminuta. Pero ese tenue resplandor se

convierte en la guía que les ayuda a encontrar el camino a casa.

Sal y luz —dos cosas ordinarias con un poder extraordinario.

Jesús nos dice hoy: “Ustedes son la sal de la tierra...

Ustedes son la luz del mundo.”

Hoy, al reunirnos para esta Eucaristía, pedimos a Dios que nos ayude a convertirnos exactamente en lo que Jesús nos llama a ser: personas que conservan la bondad, que dan sabor a la vida y que brillan para que otros puedan ver el camino que conduce a Él.

ACTO PENITENCIAL

Ser sal y luz significa vivir con sinceridad, compasión y valentía. Pero a menudo nuestra sal pierde su sabor y nuestra luz se apaga. Reconozcamos nuestras faltas y pidamos al Señor su misericordia.

Señor Jesús, Tú nos llamas a conservar la bondad en el mundo. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Nos pides brillar con la luz de tu amor.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Fortaleces lo que es débil y restauras lo que se apaga. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, renueve el sabor de la gracia en nuestro corazón, encienda de nuevo la luz de su amor en nosotros y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Habiendo sido perdonados, alzamos nuestro corazón en alabanza al Dios cuyo amor nos rescata de las tinieblas y cuya misericordia da sabor a nuestra vida con alegría.

ORACIÓN COLECTA

Dios de luz radiante y bondad eterna, nos has llamado a ser sal para la tierra y luz para el mundo.

Fortalece nuestro testimonio, para que nuestras palabras conserven la esperanza, nuestras acciones revelen tu compasión y nuestra vida brille con la claridad de Cristo. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo..., Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA: Mateo 5,14-16 – Sal y Luz del Mundo

1. Introducción: El poder de la sal

Quiero comenzar hoy con una pequeña historia. Imaginen que entran a su cocina tarde en la noche y preparan una comida sencilla. Agregan una pizca de sal a la sopa, la prueban y... sucede algo maravilloso. Esa sopa insípida y sin vida de repente explota en sabor.

Transforma un plato simple en algo nutritivo y delicioso.

Ahora, piensen en grande. Imaginen un mundo sin sal. La comida se echaría a perder más rápido, los platos serían aburridos y la vida se sentiría más ordinaria, menos vibrante. Eso es exactamente de lo que Jesús habla cuando nos llama la sal de la tierra.

La sal conserva, realza, da vida a lo ordinario. Y así como una pizca de sal cambia la sopa, nuestras vidas —nuestras acciones, palabras y fe— tienen el poder de conservar la bondad, dar sabor y hacer la vida más significativa para quienes nos rodean.

2. La enseñanza de Jesús sobre la sal

Jesús comienza esta parte del Sermón del Monte con dos imágenes poderosas. Primero, nos llama sal de la tierra. En el mundo antiguo, la sal era invaluable. Conservaba alimentos, daba sabor y protegía contra la corrupción. Eso es exactamente lo que nos pide ser: preservadores de la bondad, agentes de sabor y vida en una sociedad que fácilmente se vuelve insípida, corrupta o decadente.

Imaginen una comida sin sal —insípida, incompleta. Así se vuelve el mundo sin el testimonio fiel de los cristianos. Y así como la sal actúa silenciosa pero poderosamente, nuestro influjo en el mundo también. Incluso pequeños gestos de amor, verdad e integridad —como la diminuta lámpara de aquel niño— pueden preservar la bondad y enriquecer la vida de quienes nos rodean.

3. Transición a la luz

Luego Jesús continúa: “Ustedes son la luz del mundo.” Había un niño en un pueblo sin farolas. Cada tarde, su familia encendía una pequeña lámpara frente a su casa. Una noche, un viajero se perdió en los caminos del pueblo. Apenas podía ver en la oscuridad. Entonces vio la pequeña lámpara del niño parpadeando a lo lejos. Esa luz lo guió hasta la casa del niño. Luego dijo: “Esa pequeña luz me salvó esta noche.”

La luz, a diferencia de la sal, es visible para todos. Guía, advierte y atrae. La sal actúa silenciosa; la luz brilla abiertamente. Juntas, sal y luz describen nuestro llamado: preservar la bondad e iluminar el camino, dar sabor a la

vida con el amor de Dios y brillar para que otros vean el camino hacia Él.

4. La luz pertenece primero a Jesús

Amigos, hoy Jesús nos dice algo similar: “Ustedes son la luz del mundo.”

Al principio suena simple, casi ordinario. Pero si reflexionamos, es asombroso. En el Nuevo Testamento, el título “Luz del Mundo” pertenece primero y ante todo a Jesús. Él dice en el Evangelio de Juan: “Yo soy la Luz del Mundo. He venido como luz al mundo.”

Incluso María y José escucharon esto al presentar al niño Jesús en el Templo. Simeón sostuvo al niño y proclamó: “Luz para la revelación de los gentiles.” Juan Bautista, uno de los grandes profetas, también fue claro: “Él no era la luz; vino solo a dar testimonio de la luz.”

Y ahora Jesús nos dice a nosotros: “Ustedes son la luz del mundo.”

Piénsenlo bien. No es solo un pensamiento bonito. Es

nuestro llamado, nuestra responsabilidad y nuestra dignidad al mismo tiempo.

5. Nuestro llamado como luz

San Pablo nos muestra cómo se ve esto en la vida diaria. En Filipenses 2 escribe:

“Hagan todo sin quejarse ni discutir, para que sean irreprochables y puros, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación torcida y corrupta, en la cual brillan como luces en el universo.”

Piensen en los marineros de la antigüedad. En el mar, las estrellas eran su guía. Sin ellas, estaban perdidos. Pablo nos dice que nosotros también estamos llamados a ser esas estrellas guía: puntos de referencia en un tiempo confuso y sin rumbo. La gente debería mirar nuestra vida y decir: “Así actúa el amor de Dios. Este es el camino hacia la esperanza y la paz.”

¡Y cuánta confusión hay hoy! Muchas personas se sienten perdidas, inseguras. Y Dios nos confía esta hermosa responsabilidad: ser luces que guían.

6. Ilustración moderna de guía

Les doy un ejemplo actual. Imaginen una ciudad de noche con obras en la calle. Largas cadenas de luces de advertencia guían a los conductores por desvíos peligrosos. Advierten: "Desacelere. Preste atención. Tome este camino, no aquel."

Ese es nuestro papel como cristianos. A través de nuestras acciones, palabras y vida, somos luces que guían. Decimos: "Si continúas por este camino, te llevará al daño. Pero hay otro camino —el de Dios."

El llamado de Jesús es práctico y alegre. Pero algunos cristianos viven su fe como una pequeña lámpara parpadeante. Siempre quejándose: "¿De verdad tenemos que ir a misa?" "¿De verdad tenemos que orar?" Ese tipo de luz apenas brilla.

7. Brillar en la presencia de Dios

Jesús nos llama a brillar con fuerza. A calentar corazones, dar alegría y atraer a otros hacia Dios.

Piensen en Moisés. Cuando entró en la Tienda del Encuentro, se encontró con Dios. Al salir, su rostro brillaba tanto que la gente apenas podía mirarlo. Ese resplandor venía de su encuentro con Dios. Eso es exactamente lo que Jesús quiere para nosotros. Nuestra luz no viene de nosotros mismos, sino de estar en la presencia de Dios.

A veces nuestra luz se apaga. Muchos hemos visto esos relojes de noche con números luminosos. Al principio brillan con intensidad, pero después de unas horas, el resplandor disminuye. ¿Cómo lo recuperamos?

Encendemos otra luz cerca, y los números vuelven a brillar.

Así somos nosotros. Si tu luz se ha apagado, si tu fe se siente débil o cansada, vuelve hacia Dios. Pasa tiempo en su presencia. Deja que Él ilumine tu vida. Tu brillo volverá, y tu alegría se restaurará.

8. Historia final: Pequeños actos hacen la diferencia

Quiero terminar con la historia de una joven que hacía voluntariado en un hospital infantil. No tenía nada más que su sonrisa y palabras amables. Pero llevó esperanza a

niños asustados y con dolor. Uno de ellos dijo después: "Tu sonrisa me ayudó a sentirme seguro cuando todo lo demás daba miedo."

Eso es lo que Jesús nos pide: brillar, iluminar incluso los rincones más pequeños del mundo con el amor de Dios.

9. Llamado a la acción

Jesús dice: "Ustedes son la luz del mundo." No a veces, no solo en ocasiones especiales, sino siempre. Brilla con amor. Brilla con alegría. Brilla con valentía. Brilla con fe. Que la gente vea a Dios a través de tu vida.

Y recuerda, incluso la luz más pequeña —o la pizca más pequeña de sal— puede hacer la diferencia. Incluso tus pequeños actos de amor, tus gestos de bondad, pueden cambiar vidas. Así que hoy, salgamos y seamos sal y luz para el mundo. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Profesamos la fe que ilumina nuestro camino y mantiene viva la esperanza en nuestro corazón. Proclamemos el Credo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar estos dones de pan y vino en el altar, ofrecemos también nuestro humilde deseo de convertirnos en sal que renueva la tierra y luz que revela el amor de Dios.

Oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios Padre Todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor nuestro Dios,
En estos simples dones de pan y vino
transformas lo ordinario en sagrado.

Haz que nuestra vida también sea una ofrenda santa:
condimentada con compasión, iluminada por la fe
y entregada al servicio de los demás.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario,
nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,

Padre santo, fuente de toda luz
y dador de todo bien.

Formaste el mundo con sabiduría
y lo llenaste de belleza.

Esparciste las estrellas como faroles en la noche
y llenaste la tierra de tesoros
que sostienen la vida y traen alegría.

Pero en la plenitud de los tiempos
nos diste una luz mayor:

Tu Hijo, Jesucristo, resplandor de tu gloria
y sabor de tu amor hecho carne.

Por Él nos llamas a ser
lo que Él mismo es:
luz para el mundo y sal para la tierra,
un pueblo que brilla con esperanza
y conserva lo bueno.

Y así, con los ángeles y arcángeles,
con todos los santos que reflejan tu esplendor,
clamamos: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Unidos en la fe e iluminados por Cristo,
recemos con confianza al Padre
cuyo amor da sabor a nuestra vida
con misericordia y alegría.

EMBOLISMO (Sal y Luz)

Líbranos, Señor, de todo mal,
y conserva en nosotros el sabor de tu gracia.
Evita que nuestros corazones se emboten
y que nuestro testimonio pierda su brillo.
Concede que, iluminados por tu Hijo
y condimentados con tu amor,
brillemos con esperanza
y caminemos seguros entre las sombras de este mundo,
mientras esperamos la bendita venida
de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ (Sal y Luz)

Señor Jesucristo,
Tú eres la Luz que ninguna oscuridad puede vencer
y el Pacto que nunca pierde su sabor.
No mires nuestros pecados sino la fe de tu Iglesia;
fortalece lo frágil,
alumbra lo apagado
y une a tu pueblo en paz.
Concédenos una paz que ilumine nuestros hogares,
sane los corazones heridos
y nos envíe como signos de tu Reino,
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
la verdadera Luz que disipa toda oscuridad,
el Pan que fortalece nuestra debilidad,
el Señor que nos hace sal y luz para el mundo.
Bienaventurados los llamados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
Nos has alimentado con tu Cuerpo
y has iluminado nuestro corazón con tu presencia.
Que tu luz permanezca en nosotros
y que el sabor de tu amor
inspire nuestros pensamientos, palabras y acciones.
Haznos luces suaves para los perdidos,
fuerza silenciosa para los cansados
y humildes testigos de tu misericordia. Amén.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios radiante,
Nos has renovado con el Pan de Vida
y fortalecido con la luz de tu gracia.
Haz que, después de compartir esta comida santa,
nuestra vida brille con tu bondad
y conserve la esperanza en todos los que encontramos.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que el Dios que es Luz de Luz
ilumine vuestros corazones y aleje toda oscuridad. Amén.

Que Cristo, la verdadera Sal del pacto,
enriquezca vuestra vida con su sabiduría y paz. Amén.

Que el Espíritu Santo fortalezca vuestro testimonio,
suavice vuestra compasión
y haga radiante vuestra alegría ante el mundo. Amén.

Y que Dios todopoderoso os bendiga,
el Padre, ☧ el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Salgan, condimentando el mundo con la bondad de Dios
y brillando con la luz de Cristo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“Incluso una pequeña pizca de amor
y una chispa diminuta de fe
pueden cambiar la vida de alguien.”

Lunes de la Quinta Semana del Tiempo Ordinario –

9.2.2026

1 Reyes 8:1–7, 9–13; Marcos 6:53–56

La morada de Dios entre nosotros – sanación a través del contacto con Cristo

INTRODUCCIÓN

Un peregrino viajó una gran distancia para visitar un santuario famoso. Cuando finalmente llegó, cansado y agotado, se sentó en silencio al fondo de la iglesia. Más tarde dijo: “No vi nada espectacular, pero sentí que Dios estaba cerca.”

Las personas siempre han buscado lugares donde puedan encontrarse con Dios. El rey Salomón creía que tal lugar era el Templo de Jerusalén, donde reposaba el Arca de la Alianza. En el Evangelio de hoy, la gente reconoce que Dios está cerca, no en un edificio, sino en una persona: Jesús. Se apresuran hacia él, lo tocan y son sanados. Hoy nos reunimos en este lugar sagrado no como turistas, sino como peregrinos. Venimos con nuestras heridas, nuestras esperanzas y nuestro anhelo de sanación.

Comencemos esta Eucaristía pidiendo al Señor su misericordia.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús,
tú eres la morada de Dios entre nosotros.
Señor, ten piedad.
Te permites ser tocado
por los heridos y los quebrantados.
Cristo, ten piedad.
Nos invitas a traer nuestra debilidad
y nuestra necesidad ante ti.
Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de la compasión,
que habita entre su pueblo
y sana a los corazones quebrantados,
nos perdone nuestros pecados, nos restaure en la
esperanza
y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso,
profesamos que nuestro Redentor
está contigo en gloria.
Escucha nuestra oración
y permítenos experimentar
que él permanece con nosotros cada día
hasta el fin del mundo,
como nos ha prometido.
Vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo,
Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una enfermera decía: “A veces la sanación comienza en el momento en que un paciente se da cuenta de que no está solo.” Esa simple verdad captura el corazón de las lecturas de hoy.

En la primera lectura, Salomón lleva el Arca de la Alianza al Templo. El pueblo se regocija, pero Salomón habla de oscuridad, un recordatorio de que Dios está presente

incluso cuando no lo vemos. Dios no puede ser confinado, pero elige habitar entre su pueblo.

En el Evangelio, no hay ceremonia del Templo. En cambio, hay urgencia. La gente se apresura a través de los pueblos y el campo. Traen a los enfermos en camillas. Solo piden tocar el borde del manto de Jesús, y eso basta. Santa Josefina Bakhita, a quien recordamos hoy, conoció heridas profundas: la esclavitud, la humillación, la残酷. Sin embargo, permitió ser tocada por Cristo crucificado. De ese encuentro surgieron sanación, dignidad y perdón. Ella dijo de sus captores: "Si los volviera a encontrar, me arrodillaría y besaría sus manos." Ese es el poder de la presencia sanadora de Cristo. Nosotros también somos peregrinos. Cada Misa es una pequeña peregrinación. Venimos con nuestras heridas ocultas: físicas, emocionales, espirituales. A veces la fe se siente oscura, Dios parece lejano. Pero la Palabra de hoy nos asegura: Dios habita incluso en la oscuridad. La misión de la Iglesia —y de cada uno de nosotros— es hacer posible el contacto: traer a los enfermos, a los

quebrantados, a los cansados y, a veces, simplemente traernos a nosotros mismos.

Un niño preguntó una vez a su abuela: "¿Dónde vive Dios?" Ella respondió: "Dios vive donde alguien abre la puerta."

Hoy, Cristo pasa. Que no nos quedemos a distancia. Que nos acerquemos —aunque sea tímidamente— y nos permitamos ser sanados.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Como peregrinos en nuestro camino hacia la Jerusalén celestial, pongamos en este altar nuestras vidas, nuestras heridas y nuestro anhelo de sanación.

Oremos para que nuestro sacrificio sea aceptable a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones como signos de nuestra confianza en tu presencia sanadora. Al ofrecer pan y vino,

recibe también nuestra fragilidad y transfórmala por tu gracia en Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Santo Padre, Dios todopoderoso y eterno.

Porque aunque ningún edificio pueda contener tu gloria,
elegiste habitar entre tu pueblo,
y en tu Hijo Jesucristo
te hiciste presente de una manera nueva y viva.
En él, los enfermos encontraron sanación,
los quebrantados encontraron esperanza,
y los cansados hallaron descanso.

Incluso cuando permaneces oculto a nuestros ojos,
sigues cerca,
tocándonos con misericordia y compasión.
Y así, con peregrinos de todas las edades
y con todos los santos,

cantamos el himno de tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como peregrinos que confiamos en la cercanía de Dios
y como hijos que dependemos de su misericordia,
recemos con confianza:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te pedimos, de todo mal,
especialmente de la oscuridad
que nos hace sentir solos o olvidados.
Concédenos la paz en nuestros días, que, ayudados por tu
misericordia, siempre podamos confiar en tu presencia
y caminar con esperanza hacia la plenitud de tu Reino,
mientras aguardamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesús, llevaste sanación a dondequiera que fuiste
y paz a todos los que te tocaron.
No mires nuestros pecados,

sino la fe de tu pueblo, y concédenos la paz
que brota de tu viva presencia,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios, que se deja tocar
para que podamos ser sanados.
Bienaventurados los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
te hemos tocado
y tú nos has tocado.
Permanece con nosotros en nuestra debilidad,
sana lo que está herido
y haznos templos vivos
de tu presencia.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios,
nos has alimentado

con el pan de la sanación y la esperanza.
Fortalécenos en nuestra peregrinación
y ayúdanos a revelar tu presencia a todos los que
encontremos, por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que el Dios que habita entre su pueblo
camine contigo en tu peregrinación.
Que Cristo toque tus heridas y te sane.
Que el Espíritu Santo te guíe con esperanza y paz.
Y que Dios todopoderoso te bendiga,
el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, llevando la presencia sanadora de Cristo
al mundo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cada Misa es una peregrinación.
Cada oración es un acercamiento.
Incluso el toque más pequeño de fe
puede abrir la puerta a la sanación.

10 de febrero de 2026 – Martes de la 5.ª semana del Tiempo Ordinario

Memoria de Santa Escolástica

1 Reyes 8, 22–23. 27–30; Marcos 7, 1–13

INTRODUCCIÓN

Una vez, a un anciano monje le preguntaron qué lo había mantenido fiel durante más de sesenta años en el monasterio. Sonrió y dijo: “Nunca me acostumbré a Dios”. Explicó: “El día que Dios se vuelve familiar, la fe se convierte en rutina. Pero cuando sigo asombrado de que Dios aún me habla, aún me alimenta, aún me espera, entonces la oración permanece viva”.

Las lecturas de hoy hablan precisamente de este peligro y de esta gracia. Salomón se encuentra ante el Templo recién construido y se atreve a preguntar: ¿Puede realmente Dios habitar entre nosotros? Y Jesús nos advierte en el Evangelio sobre una fe que sigue las normas, pero olvida el corazón.

Hoy también recordamos a Santa Escolástica, hermana de San Benito, una mujer conocida no por muchas palabras ni grandes obras, sino por su profunda cercanía a Dios. Ella vivió la fe no como hábito, sino como relación.

Como hermanos y hermanas en la fe, acerquémonos al Señor con un asombro renovado, agradecidos de que el Dios que no puede ser contenido por los cielos elige habitar entre nosotros.

ACTO PENITENCIAL

Reconozcamos ahora ante Dios y los unos a los otros los momentos en que la fe se ha vuelto rutina, cuando hemos honrado las formas pero olvidado el amor.

- Señor Jesucristo, viniste entre nosotros como nuestro hermano. Señor, ten piedad.
- Llamas a todos los que te pertenecen hermanas y hermanos. Cristo, ten piedad.
- Nos muestras el camino al Padre con un corazón lleno de misericordia. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de la misericordia,
que no mira las apariencias sino el corazón,
perdone nuestros pecados,
renueve nuestra alegría en su presencia
y nos conduzca de la rutina vacía
a una relación viva y fiel,
por Cristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios Santo,
tú eres más grande de lo que podemos imaginar:
los cielos no pueden contenerte,
y sin embargo eliges estar cerca de nosotros.
Concédenos que podamos estar ante ti con reverencia,
servirte con corazones sinceros
y encontrar nuestra alegría no en las apariencias,
sino en tu presencia viva.
Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA

En las celebraciones de aniversarios de boda, a veces invito a las parejas a decir en voz alta el uno al otro:
“Qué persona tan amorosa eres, caminando conmigo en la vida.”
“Qué compañero fiel y maravilloso eres para mí.”
Estas palabras nunca son automáticas. Siempre son un redescubrimiento. El amor no se desvanece porque termine, sino porque se da por sentado.

Lo mismo puede pasar en nuestra relación con Dios. Salomón, de pie ante el Templo, está abrumado de asombro: “¡Ni el cielo ni los cielos más altos pueden contenerte!” Sabe que Dios no se captura con edificios, rituales o símbolos. Y, sin embargo, este gran Dios escucha. Este gran Dios se vuelve hacia su pueblo. En el Evangelio, Jesús habla con pasión porque ve que la fe pierde su corazón. Tradiciones que debían proteger la vida se han vuelto cargas. Reglas que debían guiar a las personas han comenzado a reemplazar la compasión.

Jesús no ataca la tradición en sí: defiende a la persona humana.

Santa Escolástica entendió esto muy bien. Su santidad no consistía en la observancia rígida, sino en la escucha profunda, la oración compartida y la confianza en Dios. Su famoso encuentro final con su hermano Benito nos recuerda: el amor y la oración siempre tienen prioridad sobre el horario y la estructura.

La fe florece donde la relación viene primero: con Dios y con los demás.

Un joven dijo una vez, después de años lejos de la iglesia: “Lo que me trajo de vuelta no fue una regla. Fue la sensación de que Dios aún me quería.”

Ese es el asombro que se nos invita a recuperar hoy: que Dios aún habla, aún acoge, aún nos alimenta. Cuando la fe se convierte de nuevo en relación, la adoración cobra vida.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Confiado no en las apariencias externas sino en la misericordia de Dios, presentemos nuestras vidas y nuestros dones sobre el altar. Oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios Padre Todopoderoso.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estos dones como signos de nuestro deseo de adorarte en espíritu y en verdad.

Que esta Eucaristía renueve nuestro asombro ante tu presencia y nos enseñe a servirte con corazones sinceros, por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y nuestra salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque aunque los cielos no puedan contenerte,
eliges habitar entre tu pueblo.

Nos hablas en tu Palabra,
nos alimentas con el Pan de Vida
y nos llamas no a una observancia vacía,
sino a una relación viva contigo.

En Jesucristo, tu Hijo,
nos has mostrado que la verdadera adoración
fluye del corazón
y que el amor es el cumplimiento de todo mandamiento.

Y así, con los ángeles y los santos,
y con Santa Escolástica,
proclamamos tu gloria, diciendo:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con la confianza de hijos
y la seguridad de hermanas y hermanos,
oremos al Padre que no desea apariencias, sino
corazones.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
especialmente de una fe que se enfriá por la costumbre.
Concédenos la paz en nuestros días, para que renovados
por tu misericordia
vivamos con alegría, sinceridad y esperanza
mientras aguardamos la venida de nuestro Salvador,
Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
viniste a restaurar lo que verdaderamente importa.
No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia.
Libéranos de la división y la dureza de corazón,
y concédenos la paz
que brota de la verdad, la justicia y el amor,
porque tú vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que quita los pecados del mundo.

Dichosos los invitados no a un ritual vacío,
sino a la presencia viva del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios, a quien los cielos no pueden contener,
ha elegido habitar en nosotros.

Detengámonos un momento
en silencioso asombro y gratitud.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios,
nos has alimentado con el Pan de Vida.

Que este sacramento profundice nuestra relación contigo
y nos enseñe a honrar tu Palabra
por encima de toda tradición humana,
por Cristo nuestro Señor. Amén.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Dios que los cielos no pueden contener
se ha puesto en nuestras manos
y se ha confiado a nuestros corazones.

No como una idea, no como una regla, sino como
presencia viva. En este momento de silencio,
dejemos toda costumbre y familiaridad
y permitámonos asombrarnos de nuevo:
que Dios aún desea nuestra cercanía,
aún espera nuestra respuesta,
aún elige habitar en nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

(Adaptada a las lecturas del día para meditación personal)

Señor Dios, nos has alimentado con el Pan de Vida,
la presencia de tu Hijo que nos enseña lo que
verdaderamente importa.

Que este sacramento
nos libre de una fe que vive solo en la superficie.

Que tu Palabra eche raíces en nuestros corazones,
que tu amor guíe nuestras decisiones,
y que nuestras vidas den testimonio
de una relación renovada cada día en asombro y
confianza.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que el Dios que es más grande que todo lo que podemos imaginar

llene sus corazones de asombro y reverencia.

Que Cristo les enseñe a escoger el amor por encima de las apariencias.

Que el Espíritu Santo renueve su fe cada día.

Y que Dios Todopoderoso los bendiga,
el Padre, y el Hijo, ✕ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz,
a vivir su fe con sinceridad y alegría.

Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Nunca se acostumbre a Dios.

El asombro mantiene viva la fe.

11 de febrero de 2026 – Memoria de Nuestra Señora de Lourdes - Miércoles de la 5.^a Semana del Tiempo Ordinario

1 Reyes 10, 1–10; Marcos 7, 14–23

INTRODUCCIÓN

En una fría mañana de febrero de 1858, una niña pobre, enferma y sin educación se quedó quieta ante una gruta oscura y húmeda en Lourdes. Bernadette Soubirous no tenía poder, ni influencia, ni saber. Sin embargo, en el silencio de Massabielle, escuchó lo que otros no podían oír y vio lo que otros no podían ver. ¿Por qué? Porque su corazón era simple, abierto y atento.

Hoy, Jesús nos reúne como una vez reunió a las multitudes, no para hablar de lo que es solo externo, sino de lo que está dentro de nosotros. En este Memorial de Nuestra Señora de Lourdes, María nos enseña nuevamente lo que Bernadette aprendió: Dios habla a los corazones sencillos, humildes y atentos. Dejando atrás el ruido del mundo, la carga de las apariencias y las

máscaras que llevamos, acerquémonos al Señor con corazones confiados, seguros de que Él desea sanarnos, purificarnos y acercarnos más a Él.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú no miras las apariencias, sino el corazón:
Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú sanas lo que está herido en nosotros:
Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, nos llamas a la pureza de corazón y a la sinceridad de vida: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso,
que ve las profundidades de nuestro corazón
y desea nuestra sanación y salvación,
tenga misericordia de nosotros, nos perdone nuestros pecados,
nos límpie de todo lo que es falso y falto de amor,
y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios nuestro, que elegiste a la humilde Virgen María para revelar tu misericordia en Lourdes y para guiar a innumerables corazones hacia tu Hijo, concédenos pureza de corazón y sencillez de fe, para que, purificados por dentro y renovados por tu gracia, escuchemos atentamente tu Palabra y seamos testigos de tu amor sanador. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Cuando la reina de Saba finalmente se presentó ante el rey Salomón, la Escritura dice que casi le faltaba el aliento de la admiración. Lo que había oído ya era asombroso, pero lo que vio superaba todo. Y de manera notable, no alabó primero a Salomón; alabó al Señor, dador de sabiduría y bendición.

En Lourdes sucedió algo similar. Millones acudieron en busca de milagros, señales y sanación. Sin embargo, María no apuntó hacia sí misma. No hizo maravillas. Simplemente dirigió los corazones hacia Dios, hacia el arrepentimiento, la oración y la confianza.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos recuerda una verdad dura pero liberadora: el mal no viene de fuera de nosotros. Surge desde dentro, de corazones distraídos, endurecidos o centrados en sí mismos. La sanación, por lo tanto, debe comenzar no con las apariencias, sino con la conversión del corazón.

María en Lourdes nos invita al mismo viaje interior. El agua de Lourdes no reemplaza la fe de manera mágica: la despierta. La gruta no nos distrae de Cristo: nos conduce a Él. El verdadero milagro no siempre es la sanación física, sino un corazón que comienza de nuevo.

Muchos peregrinos que regresan de Lourdes dicen algo sorprendente: "No recibí lo que pedí, pero recibí lo que necesitaba."

Vuelven a casa transformados, más amables, pacientes y perdonadores.

Quizás ese sea el mayor milagro de Lourdes: un corazón purificado, un corazón suavizado, un corazón preparado para Dios.

Que María, Nuestra Señora de Lourdes, nos enseñe a escuchar profundamente, a confiar humildemente y a permitir que Dios nos sane, comenzando desde nuestro interior.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Confiando en la intercesión de María y seguros del amor sanador de Dios, presentemos nuestras ofrendas y a nosotros mismos al Señor. Oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios Padre todopoderoso.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, al ofrecer estos dones en tu altar, purifica nuestros corazones y acepta nuestra humilde confianza,

como una vez aceptaste la fe de Bernadette
y la devoción de innumerables peregrinos en Lourdes.
Que este sacrificio traiga sanación, paz
y esperanza renovada a tu pueblo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es realmente justo y necesario,
nuestro deber y nuestra salvación,
siempre y en todo lugar darte gracias,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en la Santísima Virgen María
has dado a tu Iglesia un signo de esperanza y sanación.
En Lourdes, revelaste tu misericordia
a los humildes y a los pobres de corazón,
y a través de María continúas llamando a todos
a la oración, la conversión y la confianza en tu amor
salvador. Ella nos señala siempre a Cristo,
sanador del cuerpo y del alma,
que limpia los corazones y devuelve la dignidad,
y a través de quien derramas vida en abundancia.

Y así, con los ángeles y los santos,
y con todos los que han encontrado consuelo y renovación
por su intercesión, cantamos el himno de tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos que confían en un Padre amoroso
y como peregrinos guiados por la fe de María,
recemos con confianza:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te pedimos, de todo mal,
especialmente de la dureza de corazón
que nos ciega a tu presencia y a tu misericordia.
Concede paz en nuestros días,
para que, ayudados por la intercesión de la Virgen María,
Nuestra Señora de Lourdes,
podamos ser libres del pecado y seguros de todo peligro,
mientras esperamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú sanaste a los enfermos, consolaste a los quebrantados
y devolviste la paz a los corazones atribulados.
No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédenos la paz que viene
de los corazones reconciliados y renovados,
donde tú vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del
mundo. Bienaventurados los que tienen el corazón abierto
a su presencia sanadora y salvadora.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En este momento de silencio,
permitamos que el Señor toque lo más profundo de
nosotros. Como Bernadette ante la gruta,
no necesitamos muchas palabras, solo confianza.
Que la gracia que hemos recibido
se convierta en un manantial de agua viva
que fluya de nuestros corazones hacia nuestra vida diaria.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, renovados por este sacramento de salvación,
te damos gracias por la presencia sanadora de tu Hijo.
Por la intercesión de la Virgen María de Lourdes,
fortalece nuestra fe, purifica nuestros corazones
y haznos instrumentos de tu compasión en el mundo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios Padre los bendiga
y acerque siempre su corazón a Él. Amén.
Que Cristo Señor sane lo que está herido en ustedes
y los llene de su paz. Amén.
Que el Espíritu Santo los renueve interiormente
y los guíe en la pureza de corazón. Amén.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo,
baje sobre ustedes y permanezca con ustedes por
siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz,
con corazones purificados y renovados,
a amar y servir al Señor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La mayor sanación que Dios desea no es solo del cuerpo,
sino del corazón.

Escuchen profundamente, y dejen que Él comience allí.

**12 de febrero de 2026 – Jueves de la Quinta Semana
del Tiempo Ordinario**

1 Reyes 11,4–13; Marcos 7,24–30

*¿Qué es lo que realmente me importa? La fe persistente
que cruza fronteras*

INTRODUCCIÓN

Una madre se quedó una vez en la puerta de una sala de hospital mucho después de que hubieran terminado las horas de visita. La enfermera le recordó suavemente: “Debe irse ahora”. La madre respondió en voz baja: “Iré, solo después de saber que mi hijo está seguro”. Nada le importaba más que la vida de su hijo.

El Evangelio de hoy nos presenta a una madre así: una mujer que cruza fronteras—geográficas, religiosas y emocionales—para llegar a Jesús. Ella se niega a desanimarse. En contraste, la primera lectura nos muestra al rey Salomón, que lo tenía todo, pero poco a poco permitió que su corazón se alejara de lo que realmente importaba.

Al reunirnos para esta Eucaristía, nos preguntamos con honestidad: ¿Qué es lo que realmente me importa? ¿A qué estoy dispuesto a aferrarme con fe—y qué he permitido que reemplace a Dios lentamente en mi corazón?

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, conscientes de que nuestros corazones a menudo están divididos, pidamos al Señor misericordia y sanación.

- Señor Jesucristo, tú proclamas la misericordia de Dios.
Señor, ten piedad.
- Señor Jesucristo, tú proclamas la bondad de Dios. Cristo, ten piedad.
- Señor Jesucristo, tú proclamas el amor fiel de Dios. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, nos perdone nuestros pecados, sane nuestros corazones divididos y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

(Derivada de las lecturas del día para meditación personal)

Dios y Padre,

tú unes a los pueblos de todas las naciones en la confesión de tu nombre.

Purifica nuestros corazones de todo lo que nos aleja de ti y concede que nosotros, que hemos renacido en el Bautismo, seamos uno en la fe y ricos en obras de amor. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un viajero le preguntó una vez a un sabio monje: “¿Cuál es el mayor peligro en la vida espiritual?” El monje pensó un momento y respondió: “No que Dios nos deje, sino que nosotros lo vayamos reemplazando poco a poco”.

Esa respuesta simple nos ayuda a entender las lecturas de hoy. Salomón no rechazó a Dios de repente. No se despertó un día y decidió abandonar al Señor. Sucedió de manera silenciosa, gradual. Por conveniencia, por

relaciones, por compromisos, otros “dioses” encontraron espacio en su corazón. Lo que antes era lo más importante, poco a poco perdió su centro.

El contraste de las lecturas

En el Evangelio encontramos un contraste notable: una mujer que, según los estándares religiosos, no tiene nada—sin estatus, sin privilegios, sin reclamos—pero posee algo que importa más que todo: una confianza obstinada y valiente en Jesús. Su hija sufre, y ella se niega a alejarse.

La respuesta de Jesús suena dura al principio. Su silencio y sus palabras ponen a prueba su fe. Pero esta mujer no se retira con resentimiento ni desilusión. Ella permanece. Escucha. Responde—no con ira, sino con humildad y esperanza. Su oración no es perfecta; es persistente.

Lo que la oración realmente es

Este Evangelio corrige suavemente un malentendido que a menudo llevamos. La oración no es una máquina expendedora. No ponemos nuestras peticiones y esperamos resultados inmediatos según nuestros

términos. La oración es una relación, y toda relación verdadera implica confianza, paciencia y, a veces, lucha. La mujer nos enseña que la fe no es la ausencia de preguntas ni la garantía de respuestas instantáneas. La fe es negarse a abandonar a Dios incluso cuando parece silencioso o distante. Es creer que la misericordia de Dios es más grande que nuestras expectativas y que sus respuestas pueden llegar de maneras que no planeamos. Hay un antiguo dicho: “La puerta de la misericordia no se abre por fuerza, sino por fe”.

La mujer sirofenicia tocó la puerta, no una vez, sino una y otra vez. Y la puerta se abrió.

Al salir de esta Eucaristía, la pregunta permanece: ¿Qué es lo que realmente me importa?

Como Salomón, nuestros corazones pueden desviarse poco a poco. O, como esta mujer, podemos aferrarnos al Señor con una fe honesta y perseverante. Que hoy elijamos lo que realmente importa—no la comodidad, no el control, no la certeza—sino la confianza viva en el Dios que nunca rechaza un corazón sincero.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Con corazones confiados, como la mujer del Evangelio, pongamos nuestras vidas y necesidades sobre el altar mientras presentamos estos dones a Dios.

Recemos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

(Derivada de las lecturas del día para meditación personal)

Señor Dios, recibe los dones que te ofrecemos y purifica nuestros corazones al santificar estas ofrendas. Enséñanos a buscarte sobre todas las cosas y a confiar en tu obra salvadora en nuestras vidas. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario. Es verdaderamente justo y nuestro deber y salvación siempre y en todo lugar darte gracias, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque eres un Dios cuya misericordia no conoce

fronteras.

Escuchas el clamor de los humildes y respondes a la fe dondequiera que se encuentra. En tu Hijo te acercas al extranjero, al que lucha y al buscador persistente, mostrando que tu amor se ofrece a todos. Por eso, con los ángeles y los santos y con todos los que confían en tu misericordia, cantamos el himno de tu gloria y proclamamos sin fin: (Santo, Santo, Santo...)

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando en un Padre que escucha hasta el más pequeño clamor de fe, recemos como nos enseñó Jesús.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal, especialmente de los corazones divididos y la fe debilitada. Concédenos paz en nuestros días, para que, sostenidos por tu misericordia, perseveremos en la fe,

nunca desanimados en la oración,
y siempre confiados en tu amorosa providencia,
mientras esperamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
acogiste la fe del extranjero
y sanaste lo que estaba quebrantado.
No mires nuestros miedos ni dudas,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele unidad y paz
según tu voluntad.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que escucha el clamor de todo corazón fiel
y quita los pecados del mundo.
Bienaventurados los llamados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La mujer pidió migajas y recibió sanación.
Nosotros recibimos el mismo Pan de Vida.
Que esta Eucaristía fortalezca nuestra confianza,
profundice nuestra oración
y nos enseñe a aferrarnos a lo que realmente importa.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios,
nos has alimentado con el pan del cielo.
Fortalece nuestra fe,
afirma nuestro corazón en los momentos de prueba
y ayúdanos a confiar en tu misericordia
aunque tus caminos nos sorprendan.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que el Dios que escucha la fe persistente
fortalezca tu confianza. Amén.
Que Cristo, que cruzó toda frontera por amor,
te acerque al Padre. Amén.

Que el Espíritu Santo mantenga tu corazón sin divisiones y tu esperanza viva. Amén.

Y que Dios todopoderoso te bendiga,
el Padre, y el Hijo, ✕ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, aferrándose a lo que realmente importa.
Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe que se niega a alejarse
siempre encuentra una puerta abierta en el corazón de
Dios.

13 de febrero de 2026 – Viernes de la 5.^a Semana del Tiempo Ordinario

1 Reyes 11,29–32; 12,19; Marcos 7,31–37

INTRODUCCIÓN

Hay una historia tranquila sobre una pareja de ancianos que había estado casada por más de cincuenta años. Cuando se les preguntó cuál era el secreto de su larga vida juntos, el esposo sonrió y dijo: “Aprendimos temprano que el amor no se trata de estar siempre de acuerdo, sino de aprender a escuchar.” Muchos conflictos terminaron, no porque uno ganara, sino porque uno realmente escuchó al otro.

Hoy, al reunirnos, venimos no solo a expresar nuestras oraciones, sino, sobre todo, a escuchar: a la Palabra de Dios, a la presencia de Dios en el pan y el vino, y los unos a los otros. La verdadera comunión ocurre cuando los corazones se abren, cuando los oídos se desobstruyen y cuando el amor de Dios se deja pasar a través de nosotros hacia el mundo. Abramos ahora nuestro corazón a Aquel que nos dice de nuevo: “¡Sé abierto!”

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús,
hablas palabras de vida, pero a menudo cerramos
nuestros oídos a tu llamado. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús,
abres los corazones a la reconciliación, pero nos
aferramos a nuestras divisiones. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús,
nos invitas a hablar palabras de sanación, pero a veces
nuestras palabras hieren. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de la misericordia,
que abre lo cerrado y sana lo herido,
nos perdone nuestros pecados,
restaure nuestros corazones
y nos conduzca a la libertad de sus hijos,
por Cristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios de vida y de luz,
tu palabra trae sanación a lo que está roto
y unidad a lo que está dividido.
Abre nuestros oídos para escuchar tu voz,
suaviza nuestros corazones para recibir tu verdad,
y guía nuestras palabras para servir a la paz y la
reconciliación.
Por Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.
Amén.

HOMILÍA

Una maestra notó una vez que uno de sus alumnos nunca
respondía a las preguntas en clase. Cuando finalmente
habló con él en privado, descubrió que el niño podía oír la
voz de la maestra, pero no claramente. Había aprendido a
permanecer callado para no correr el riesgo de
malentendidos. Solo después de atender su dificultad
auditiva, recuperó la confianza y con ella su voz.

En las lecturas de hoy encontramos tanto división como sanación. El Primer Libro de los Reyes habla de un reino desgarrado por la ambición y el poder. Donde falla la escucha, la unidad se derrumba. Donde los corazones se cierran, las relaciones se fracturan.

El Evangelio nos muestra otro camino. Un hombre que no puede oír ni hablar es llevado a Jesús. Él no lo sana públicamente ni apresuradamente. Jesús lo aparta, lo toca, mira al cielo y pronuncia una sola palabra: “¡Effatá! —Sé abierto.” Se abren los oídos, y solo entonces la lengua habla claramente.

Este orden importa. Escuchar viene antes que hablar. La escucha precede al testimonio. En el bautismo, la Iglesia repite este mismo gesto y oración, recordándonos que la fe primero se recibe antes de proclamarse.

Vivimos en un mundo ruidoso, lleno de palabras y opiniones, pero a menudo pobre en escucha. Cuando dejamos de escuchar —a Dios, a los demás— nos volvemos espiritualmente sordos. Pero cuando Cristo toca

nuestra vida de nuevo, nuestros oídos se abren, y nuestras palabras pueden volver a dar vida.

Un capellán hospitalario decía que lo más sanador que podía ofrecer a los enfermos terminales no eran respuestas, sino presencia: escuchar en silencio y con atención. Muchos le decían después: “Gracias por escucharme.”

Eso es lo que hace Cristo hoy. Él escucha el sufrimiento humano y, al abrir los oídos, restaura la comunión. Que salgamos de esta Eucaristía un poco menos sordos a la voz de Dios, un poco más atentos a los demás y listos para pronunciar palabras que sanen en lugar de dividir.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, pongamos sobre este altar no solo el pan y el vino, sino también nuestro deseo de escuchar más profundamente y de convertirnos en instrumentos de reconciliación.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios de comunión, acepta estos dones
y transfórmalos en sacramento de tu presencia.
Así como abres nuestros oídos a tu palabra,
abre nuestras vidas a tu paz,
para que lo que celebramos aquí dé fruto en amor y
servicio. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
nuestro deber y nuestra salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque por tu Hijo
te acercas a toda debilidad humana.
Escucha el clamor de los pobres,
toca lo que está herido
y abre lo que está cerrado.
En Él los sordos oyen, los quebrantados encuentran su
voz, y los corazones divididos se restauran en comunión.

Por eso, con los ángeles y los santos
y todo el ejército celestial, proclamamos tu gloria
y cantamos con alegría: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos cuyos oídos han sido abiertos a la confianza,
recemos a nuestro Padre con humildad y seguridad.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
especialmente de los corazones que se niegan a escuchar
y de las palabras que dividen en lugar de sanar.
Concédenos la paz en nuestros días, para que, liberados
del miedo,
podamos servirte con corazones atentos
y voces alegres,
mientras esperamos la bendita esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú hablaste paz a los corazones atribulados
y abriste lo que estaba cerrado.
No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele con gracia unidad y paz
de acuerdo con tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que abre oídos y corazones,
que sana la división y restaura la comunión.
Bienaventurados los llamados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al recibir el Cuerpo de Cristo,
pidamos la gracia
de escuchar la palabra de Dios más claramente
y de convertirnos en voces vivientes de su misericordia en
el mundo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de sanación y paz,
nos has alimentado con el Pan de Vida.
Que este sacramento abra nuestros corazones,
guíe nuestras palabras y nos fortalezca para vivir
lo que hemos recibido.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios,
que abre lo cerrado,
les dé corazones atentos y oídos que escuchan. Amén.
Que Cristo,
que tocó a los heridos y restauró la comunión,
haga de sus palabras instrumentos de sanación. Amén.
Que el Espíritu Santo,
que une a la Iglesia en un solo cuerpo,
los guíe en la paz y la reconciliación. Amén.
Y que Dios todopoderoso los bendiga,
el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, escuchando la palabra de Dios y proclamándola con amor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Antes de hablar por Dios, debemos aprender a escucharlo. Los oídos abiertos conducen a palabras sanadoras y a la verdadera comunión.

14 de febrero de 2026 – Sábado de la 5.ª semana del Tiempo Ordinario

Fiesta de los Santos Cirilo y Metodio

1 Reyes 12,26–32; 13,33–34 · Marcos 8,1–10

INTRODUCCIÓN

Un viajero llegó una vez a una tierra extranjera donde no conocía el idioma. Hambriento y cansado, entró en un pequeño pueblo. Señaló su boca, esperando que alguien lo entendiera. Una anciana sonrió, desapareció en su casa y regresó con pan. No se intercambiaron palabras, pero ocurrió la comunión.

Los santos Cirilo y Metodio conocían bien esta verdad. Cuando fueron a los pueblos eslavos, no preguntaron: “¿Qué pensará Roma?” ni “¿Qué dirán los poderosos?” Preguntaron, en cambio: “¿Cómo pueden estas personas escuchar a Dios en su propio idioma?” Y así les dieron un alfabeto, tradujeron las Escrituras y alimentaron su hambre de Dios.

Las lecturas de hoy nos confrontan con una pregunta crucial: ¿a qué voz seguimos?

El rey Jeroboam siguió al miedo y a la opinión pública, y llevó al pueblo por un camino equivocado.

Jesús siguió la compasión y alimentó a una multitud hambrienta en el desierto.

Al reunirnos en esta Eucaristía, traemos nuestros propios hambres: físicas, emocionales y espirituales. Como la multitud del Evangelio, hemos recorrido un largo camino. Pongamos lo poco que tenemos en manos del Señor y pidamos su misericordia.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo,
tú eres el Pan que ha bajado del cielo para dar vida al mundo. Señor, ten piedad.

Tú eres el Agua Viva que sacia la sed más profunda del corazón humano. Cristo, ten piedad.

Has venido para que tengamos vida, y la tengamos en abundancia. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, sane las hambres de nuestro corazón y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios eterno,
tú reuniste a los santos Cirilo y Metodio
y los enviaste a proclamar tu Evangelio
en un idioma que la gente pudiera comprender
y con un amor que la gente pudiera recibir.

Como hoy nos hablas
y nos alimentas con el Pan de Vida,
haznos capaces de transmitir
lo que nosotros mismos hemos recibido.
Concédenos que nuestras palabras y acciones
satisfagan el hambre de quienes encontramos.

Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo... Amén.

HOMILÍA

Un misionero dijo una vez: "El Evangelio viaja más rápido por el camino de la compasión."

En el Evangelio de hoy, Jesús nota algo que otros podrían haber ignorado: "Llevan ya tres días conmigo y no tienen nada de comer."

Antes de enseñar, antes de predicar, antes de corregir: él ve el hambre.

Los discípulos hacen una pregunta desesperada: "¿Dónde podríamos conseguir pan para alimentar a esta gente en un lugar desierto?"

Jesús hace una pregunta esperanzadora:
"¿Cuántos panes tienen ustedes?"

Esa diferencia lo cambia todo.

La primera lectura nos muestra el peligro de hacer las preguntas equivocadas. El rey Jeroboam se preocupa por perder poder y la opinión pública. Por eso inventa un culto falso y lleva a toda una nación a la hambruna espiritual.

Los santos Cirilo y Metodio hicieron otra pregunta: "¿Cómo puede Cristo ser verdaderamente escuchado aquí?"

Su respuesta alimentó a generaciones.

Jesús aún nos pregunta hoy:

"¿Qué tienes?"

No: ¿Qué no tienes?

No: ¿Qué no puedes hacer?

Un poco de pan puesto en sus manos se convierte en abundancia.

Hay un detalle hermoso al final del Evangelio:
"Recogieron siete cestas llenas de sobras."

Dios nunca es tacaño.

Alguien dijo una vez después de la Comunión:

“Vine a Misa vacío, pero me voy con más de lo que puedo llevar.”

Ese es el milagro que celebramos aquí.

Que nosotros, como Cirilo y Metodio,
lleve esa abundancia a los idiomas de la bondad, el
servicio y el valor,
para que otros también sean alimentados.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

De lo poco que traemos, tú preparas un banquete.

Coloquemos ahora nuestros dones sobre el altar
y pidamos al Señor que los multiplique
para la vida del mundo.

Recemos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios
Padre todopoderoso.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones que ofrecemos
en memoria de los santos Cirilo y Metodio.

Como transformaste una vez sus humildes esfuerzos
en alimento para las naciones,
transforma este pan y este vino
en el sacramento de la salvación,
y haznos instrumentos de tu compasión.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, nuestro deber y nuestra
salvación, siempre y en todo lugar darte gracias,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque llamaste a los santos Cirilo y Metodio
para proclamar el Evangelio más allá de las fronteras,
honrar culturas sin miedo
y hacer que tu palabra salvadora
fuera comprendida por todos los pueblos.

Por su testimonio nos enseñas
que tu Palabra debe ser quebrantada como el pan
y compartida con amor,
para que nadie pase hambre de verdad o esperanza.

Y por eso, con los ángeles y los santos,
con cada idioma y nación,
proclamamos tu gloria, cantando: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Por mandato del Salvador y formados por la enseñanza
divina,
nos atrevemos a decir la oración
que une a todos los pueblos
y nombra a Dios como Padre.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
especialmente del miedo
que nos hace aferrarnos a falsas seguridades.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, alimentados con este Pan de Vida,

vivamos como testigos valientes de tu amor,
esperando la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
alimentaste a los hambrientos y reconciliaste a los
divididos.

No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele con bondad la paz y la unidad,
según tu voluntad.

Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados
a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Has comido el Pan de Vida.

No lo guardes para ti.

Lo que has recibido en silencio,

llévalo al hambre del mundo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios generoso,

nos has alimentado con el Pan del cielo.

Como fortaleciste una vez a los santos Cirilo y Metodio

para su misión,

fortalécenos a nosotros para vivir lo que hemos recibido

y alimentar a otros con fe, esperanza y amor.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios, que satisfizo el hambre de su pueblo

y habló su Palabra en todos los idiomas,

te bendiga y te haga bendición.

Que Cristo, el Pan de Vida, vaya delante de ti en cada camino. Que el Espíritu Santo te dé valor para ofrecer lo que tienes y confiar en la abundancia de Dios.

Y que Dios todopoderoso te bendiga,
el Padre, y el Hijo,  y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con su vida—
y con el pan que comparten.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios no pregunta cuánto tienes—
solo si estás dispuesto a ponerlo en sus manos.